

La curiosidad.

Nunca olvidaré aquella extraña ciudad. Mi abuelo siempre decía que no fuera a verlo por eso lo conocí mediante cartas que me enviaba mensualmente. Al morir, tuve que visitarla. Cuando llegué me saludó un espeso aroma de jazmines y rosas, parques llenos de árboles, calles limpias y niños jugueteando hacían evaporar los falsos conceptos contruidos en mi mente. Luego de permanecer una hora sentado en un parque, decidí alojarme en el hotel Villa Real. No era lujoso, pero la atención a los huéspedes era divina. Además se mantenía limpio todo el tiempo y la comida era excelente. Cerca de las tres me puse en marcha hacia las casas de Jonathan Armstrong y Joseph Peterson, viejos amigos de la familia que me habían visitado un par de veces. Ninguno quiso hablar de la muerte del abuelo, esquivaban todas las preguntas alegando que no era necesario saber de su vida. Al terminar mi recorrido estaba anocheciendo, aproveché las últimas luces para visitar el cementerio. La necrópolis se encontraba en las afueras de la ciudad, al oeste. En diez minutos me vi frente a varias hileras de lápidas bien alineadas y pintadas de blanco con esculturas de mármol que simulaban ángeles, ángeles que parecían tener vida y sobrevolaban por el inmenso manto de césped. Tras caminar un poco, llegué a la tumba del abuelo. Me senté frente a ella, comencé a decirle algunas palabras al bloque de concreto. Hablé de cosas extremadamente estúpidas y de otras mucho más importantes que me habían conducido a ese lugar. "¿Por qué el viejo no quería que viniera a esta ciudad? ¿Por qué mis amigos no quisieron hablar nada de su muerte?", me preguntaba. Los minutos iban cayendo y al unísono caía la noche. El sol dibujaba una ancha franja de color rojizo, matizada con el gris opaco de inmensas nubes que lo envolvían. Preguntas sin respuestas me abordaban, sólo entre ellas se aventuraba el silencio de las tumbas y el estridente alarido de una lechuza que me asustaba de vez en cuando. Hastiado de hablar conmigo mismo, me levanté y sentí que a mis espaldas oscurecía más rápido. Al voltearme, vi una enorme ráfaga de hojas y polvo que se avecinaba. En el centro del espiral, se veía un rostro. La tierra temblaba y mi cuerpo comenzaba a enfriarse, tenía miedo.

**Este relato forma parte de una serie en producción.*

Corrí hasta que de improvisto, caí en un hueco. Debieron ser dos o tres metros. Cuando recuperé el conocimiento miré hacia arriba y mientras intentaba ponerme en pie volví a caer. Mi pierna derecha me dolía, después de varios intentos, logré levantarme y apoyándome en la pared, empecé a caminar con dificultad. Mi espalda y la pared estaban pegajosas, así como el piso que de vez en cuando crujía de forma espeluznante. Una vez que pude levantar la cabeza, observé un delgado haz de luz. Mi visión iba mejorando a medida que me acercaba. Noté que lo pegajoso era sangre, que la pared tenía uñas incrustadas y el crujir del piso lo provocaban restos de huesos humanos esparcidos por todo el lugar. La luz era alimentada por unas velas negras que pululaban en un estrecho pasillo colmado de raíces, grietas y mucho polvo. Tras apreciar la diabólica atmósfera que me esperaba, traté de volver sobre mis pasos, pero una gigantesca reja de hierro emergió estrepitosamente hasta clavarse en el techo haciendo mil pedazos la esperanza de escapar. No tuve otra alternativa que seguirle la corriente al maldito pasillo que me obligaba a girar a la derecha, a la izquierda, a subir y bajar. Horas y horas caminando entre raíces, polvo, grietas, huesos, sangre y miedo, mucho miedo. Después de un intenso caminar, me sorprendí delante de tres puertas de roble pulido, colosales, imponentes, aterradoras. Escogí la del medio. La empujé, un nuevo pasillo que a diferencia del otro tenía candelabros de bronce con velas blancas, estatuas de mármol y gruesas columnas de color gris. Me senté al pie de una de las esculturas mientras las imágenes viajaban sobre mi cabeza. En mi mente no aparecía ni la menor idea de cómo salir de aquel monstruoso lugar ni de la pesadilla que apenas comenzaba. Unos desesperados gritos de mujer me hicieron salir de mis cavilaciones, esperé algunos segundos una réplica para saber de dónde procedían; hasta que llegaron fríos, desgarradores y sorprendivos como los primeros, que aún retumbaban en las paredes y conducían mis oídos hacia el final del pasillo. A duras penas logré llegar hasta el fin de aquel sendero que me encaminaba hacia el infierno. Encontré una escalera que descendía unos cinco metros y después, centenares de velas, alfombras, cortinas y en el centro de la habitación, una hermosa mujer atada con cadenas a una colosal mesa de madera. Sus piernas y brazos estaban magullados, pero lanzaba profundas miradas. Nada podía ser más confuso y aterrador, sólo la muerte que no quería ver en aquellos contornos y que ella presentía llegar. Me acerqué, era

terriblemente bella, indescriptiblemente asombrosa. Su piel, la boca, sus senos, casi perfecta, sólo faltaba que estuviese libre cual mariposa en las praderas. Muy pronto alcanzaría la libertad. En instantes, aquel ángel de cabellos rubios escaparía de aquella nube negra. Agarré un trozo de metal oxidado que se encontraba en las cercanías de la mesa y comencé a golpear las cadenas. Ella comenzó a gritar; otra vez los gritos fríos y desgarradores que me hicieron retroceder, la misma mirada sombría e inquisidora que se inclinaba hacia el sitio más oscuro de la habitación, por el que fue emergiendo una figura enorme y espeluznante. La criatura medía unos dos metros y medio, su cuerpo estaba cubierto de pelos, sus brazos eran robustos y sus manos concluían en garras de varios centímetros. Los ojos eran blancos y en la penumbra brillaban. Mientras salía de las sombras, un pequeño torrente de agua tibia fluía entre mis piernas. El monstruo se acercó hasta el lugar donde me hallaba (en el suelo presa del horror que engendraba aquel endiablado ser) y comenzó a mirarme de soslayo. La mujer no paraba de lanzar sus gritos y yo, entre tanto miedo y confusión, descubrí una pequeña esperanza, no para el ángel ni para la mariposa, sino para el que equivocadamente trató de ayudarlos a escapar. Un débil círculo de luz se vislumbraba en una esquina de la mesa y arriba, en el techo, un diminuto orificio. Al volverme hacia la bestia, noté que sus intenciones habían cambiado, al levantarme, corrí hasta las cercanías de la mujer. La criatura me seguía, en segundos estuvimos dando vueltas alrededor de ella, hasta que subí a la mesa y golpeé el techo. En instantes gran cantidad de tierra se desplomó sobre la tortuosa habitación. Ya había amanecido y los rayos del sol se expandieron rápidamente sobre nosotros. Del cuerpo de la prisionera emanaban unas delgadas volutas de humo que más tarde se fueron convirtiendo en pequeñas lenguas de fuego y lentamente fueron calcinando, primero su piel, luego las vísceras que desprendían un intenso hedor a carne podrida y sobre las que se aventuraban gusanos. Sin perder tiempo, comencé a trepar por la abertura que se hallaba como a metro y medio. Tenía muchos deseos dentro y la mitad del cuerpo afuera cuando sentí que mi pierna derecha era torturada por unas gruesas manos. Luego de varios movimientos bruscos y de inevitable dolor, me libré de las garras que me oprimían. El monstruo comenzó a subir pero todo se precipitó, haciéndolo caer de espaldas sobre lo que quedaba de la mesa. Me puse en pie y lancé una última mirada; allá en el fondo de aquel hueco otra criatura me la

sostenía con unos ojos malévolos e infernales. Entonces, huí del cementerio y aún en la entrada podían escucharse unos terribles gritos: "¡Fuera, fuera de aquí! ¡No vuelvas nunca más!". Mientras me dirigía al hotel las personas me lanzaban miradas de asombro que evidentemente, las producía mi mal aspecto: ojeras inmensas, ropa empolvada y con manchas de sangre, una pierna con heridas que supuraban un líquido entre verde y amarillo. Hasta los niños con la ingenuidad que los caracteriza, corrían detrás de sus padres con la impresión de haber visto un fantasma. Horas más tarde, tomé el tren rumbo a mi casa, allí reorganizaría mis ideas aunque sobre mis espaldas, se fabricaran nuevas incertidumbres que sin dudas, abrirían el apetito a mi curiosidad.